

Jn 15,9-17

Permanezcan en mi amor

El Evangelio de este Domingo VI de Pascua continúa la lectura del capítulo XV del Evangelio de Juan, donde lo habíamos dejado el domingo pasado: «En esto es glorificado mi Padre, en que ustedes den mucho fruto y sean discípulos míos» (Jn 15,8). Esta afirmación, a su vez, nos lleva al comienzo del capítulo en el que Jesús formula la alegoría de la vid: «Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el Viñador» (Jn 15,1.5).

Dos cosas dan gloria a Dios, a quien Jesús llama «mi Padre»: que nosotros demos mucho fruto y que seamos discípulos de Jesús. Tal vez, podamos entender lo que significa «ser discípulo de Jesús» y conozcamos la condición necesaria para dar mucho fruto, porque Jesús acaba de expresarla: «El que permanece en mí y Yo en él, ése da mucho fruto» (Jn 15,5). Pero, ¿en qué consiste ese «fruto abundante» que debemos dar? Eso es lo que Jesús explica en la continuación del discurso que leemos en el Evangelio de hoy. Retoma, por tanto, desde el Padre.

«Como el Padre me ha amado, también Yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor». El amor tiene su origen en el Padre y se vuelve hacia el Hijo; pero del Hijo se vuelve a nosotros y nosotros debemos permanecer en ese amor. Lo que, en la alegoría de la vid, recién expuesta por Jesús, era permanecer en la vid —que es Él—, ahora es más específico: se trata de permanecer en su amor, el que tiene su origen en el Padre.

Jesús se adelanta a responder a la pregunta siguiente: ¿Qué debemos hacer para permanecer en su amor? Responde: «Si ustedes guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor». Y agrega la misma comparación, pero ahora en sentido ascendente: «Como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor». Jesús dice: «Mis mandamientos», pero todos se reducen a uno solo: «Este es el mandamiento mío, que ustedes se amen unos a otros, como Yo los he amado». La cláusula comparativa usada por Jesús —«como Yo»— nos lleva a la necesidad de ser discípulos suyos y nos dice también lo que debemos aprender de este Maestro. De Él debemos

aprender a amar. Lo repite Jesús en la conclusión de la lectura: «Lo que les mando es que ustedes se amen unos a otros».

Jesús ha hablado del amor con que Él nos ha amado. Y, para expresarlo, formula un principio: «Nadie tiene amor más grande que este, que alguien entregue su vida por sus amigos». Ese nivel de amor supremo es el que Jesús nos presenta como el amor suyo. Él entregó su vida por nosotros, como lo repetimos cada vez que en la celebración eucarística se hace presente su sacrificio: «Esto es mi Cuerpo que será entregado por ustedes... este es el cáliz de mi Sangre... que será derramada por ustedes». Cuerpo y sangre son expresión de la Persona. Jesús se entregó a sí mismo por nosotros. Siempre volvemos a la expresión de San Pablo, porque él comprendió la esencia del amor: «El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). Eso es lo que tenemos que hacer nosotros para «amar como Él nos amó». Esa es la lección de nuestro Maestro, la que tenemos que aprender para poder ser «discípulos suyos».

Nos hemos situado en el nivel supremo, que es dar la vida. Allí nos situó Jesús. Pero el amor se debe practicar en todo nivel. Por eso, se define simplemente como «negarse a sí mismo para procurar el bien del otro». Lo que no requiere ningún mandamiento ni maestro, porque nace de nuestra propia naturaleza caída es «procurar el propio bien». Pero esto es lo que hay que negar para amar, para procurar el bien del otro. Y esto es lo que tiene su origen en Dios y llega a nosotros por medio de Jesús. A esto se refiere Él cuando dice: «Permanezcan en mi amor». El amor no tiene su origen en nosotros; tiene su origen en Dios y nosotros lo hemos aprendido de Jesús, como lo declara el mismo San Juan: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16).

Jesús dice a sus discípulos: «Ustedes son mis amigos, si hacen lo que Yo les mando». Ya hemos dicho que su mandato es el amor. Define, por tanto, como «amigos» suyos a los que permanecen en su amor, porque comparten con Él el amor, la pasión por el bien de los demás hasta entregar la vida. Este es el secreto que Él ha oído de su Padre y que comparte con sus amigos: «No los llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a ustedes los he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre lo he dado a conocer a ustedes». El Hijo ciertamente ha oído al Padre cosas inefables; pero

las encierra todas en la suprema, en el amor. Y esto es lo que «da a conocer» a quienes eleva a la condición de «amigos».

El amor es una revelación, es la suma de la revelación, y son pocos quienes lo conocen. Nosotros estamos llamados a entrar en la amistad de Jesús, compartiendo con Él el conocimiento del amor. En el lenguaje de Jesús, «conocer» significa hacer propio con el corazón, es decir, lo que Él llama «permanecer en su amor». Nuestra oración constante debe ser: «Danos tu amor, para gozar de tu amistad».

Ahora podemos entender lo que significa para Jesús «dar mucho fruto» y por qué en eso consiste la «gloria del Padre». Con eso concluye, como había empezado: «Yo los he elegido a ustedes, y los he destinado para que vayan y den fruto, y que el fruto de ustedes permanezca». De todo lo que el ser humano puede hacer en esta vida, lo único que «permanece» es el amor. El amor es de Dios y goza de la eternidad de Dios (cf. 1Jn 4,7). Ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cf. Rom 5,5) y es lo que nos concede dar el fruto que glorifica a Dios. Todo esto está expresado en ese gesto que hace el sacerdote, en la celebración de la Eucaristía, cuando alza hacia Dios el Cuerpo y la Sangre de su Hijo, ofrecido en sacrificio: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». Contribuyamos nosotros a hacer eso verdad con nuestro amor a los demás.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles